

En el corral de mi abuelito



Miguel Ángel Izquierdo S.

Ilustraciones: Miguel Ángel

En el corral de mi abuelito

Cuento de Miguel A. Izquierdo Sánchez

Ilustrado por Miguel Ángel

Revisado por Jasmín Cacheux

Derechos Reservados, México, 2013

Este cuento es una reedición del publicado en el año 2013.

Agradezco muchísimo al ilustrador, Miguel Ángel, por esta certera interpretación de aquella vivencia en San Luis Potosí, en corral de casa sobre la Calzada de Guadalupe.

Otros cuentos míos están disponibles gratis en el blog:

miguelangelizquierdosanchez.wordpress.com

Agradeceré sus comentarios en el correo:

maizquierdo0@gmail.com

Jiutepec, Morelos, México, 2023.

¡Ilumíname!



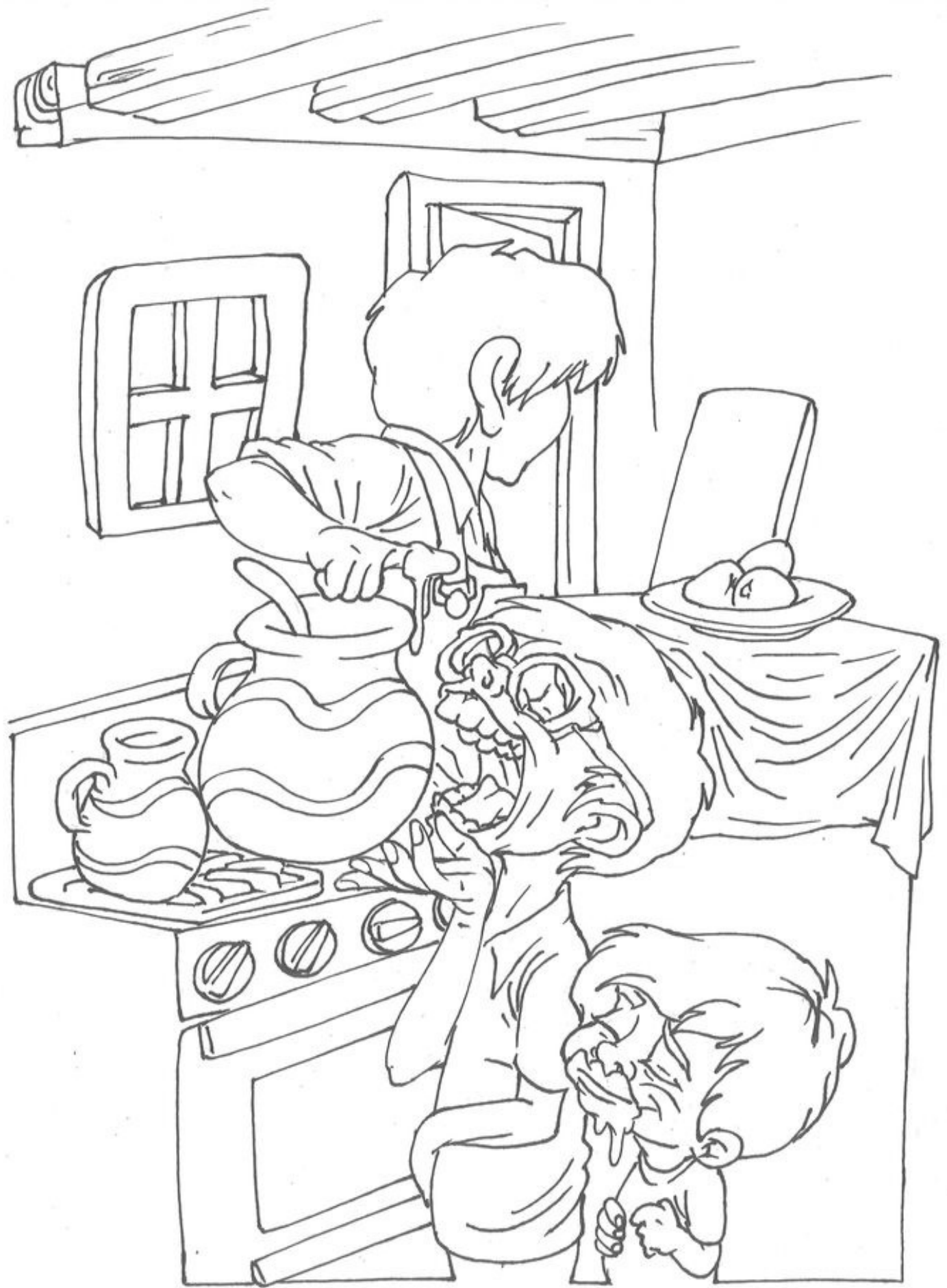
Guayacanes
Ediciones

En el corral de mi abuelito

En el terreno de al lado de nuestra casa, a media cuadra del Santuario de Guadalupe, mi abuelito tiene un corral en el que cría chivos, borregos, guajolotes, conejos, puercos y todo lo que de repente se le ocurre, hasta animales que se comen a los que ya tiene. Cuando están gordos y grandecitos, en mañanas que nos vamos a la escuela, desaparecen. Es entonces cuando el abuelo nos regala un helado o invita a sus amigos a un gran mole. Él nos dice que compra la carne en la carnicería, que no es la de los animalitos que le ayudamos a alimentar, pero no me atrevo a decirle que sospecho que él vende hasta a nuestros animales consentidos.

El corral es gigante, de bardas muy altas. En la orilla izquierda hay un enorme árbol de breva, al que nos subimos en junio para bajar hasta diez cubetas llenitas de brevas, con las que mi mamá prepara la más deliciosa mermelada del mundo. Se pasa horas y horas cociendo la mermelada en la estufa, y nosotros cooperamos moviéndole y añadiéndole unas cucharadotas de azúcar. La verdad es que apenas se voltea para otro lado mi mamá, metemos el dedo para probar la mermelada, aunque a veces nos quemamos por busgos.

En el corral andan sueltos los borregos, las chivas y los guajolotes, pero están encerrados los puercos y los conejos.



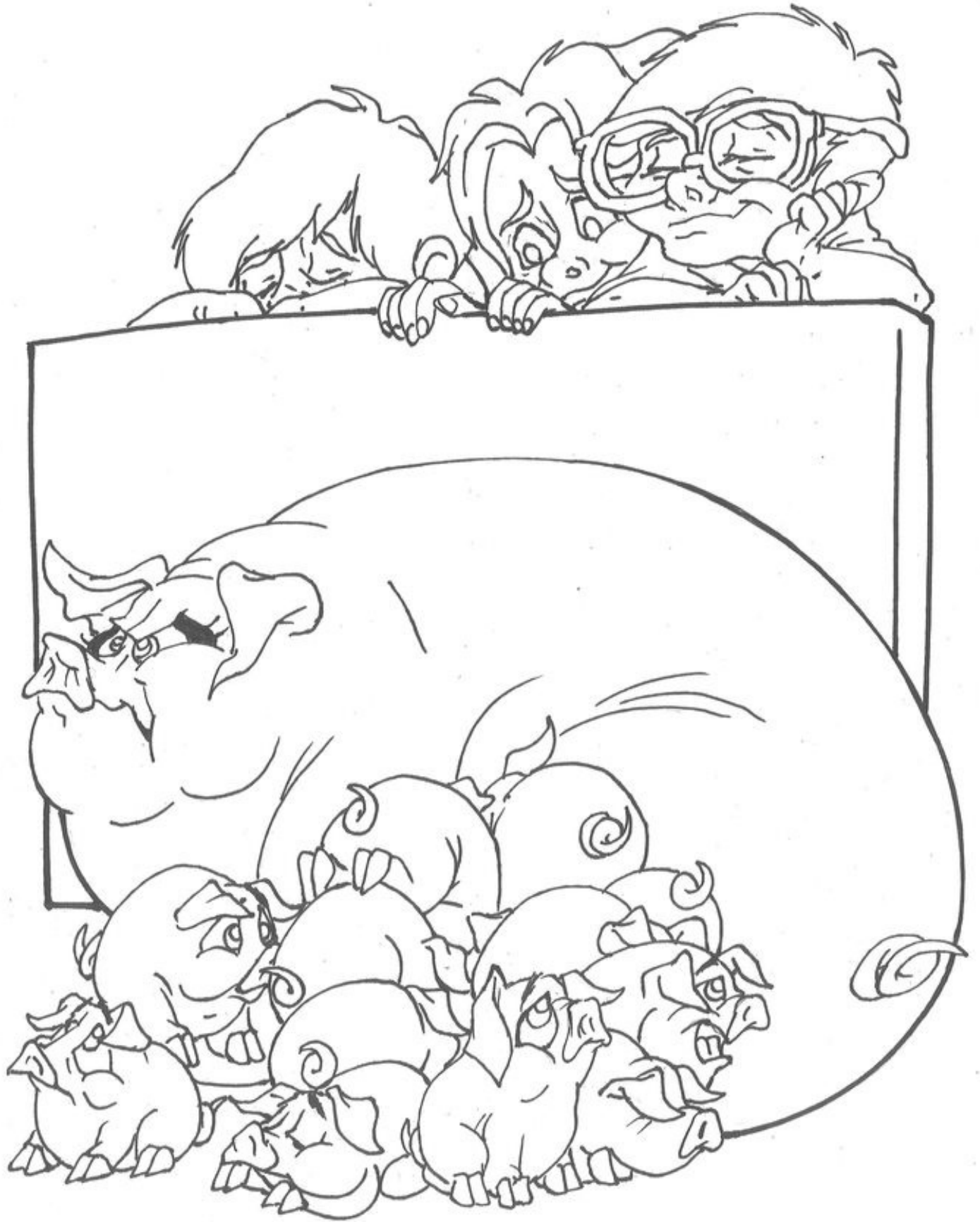
En el rincón del corral, lejos de la puerta y cerca de la breva, están encerrados los puercos, con una malla de alambre delgado sostenida por palos. Los puercos machos se deben separar de las hembras cuando ellas van a parir, pues dice mi abuelo que el macho es capaz de matar a sus cerditos recién nacidos y de comérselos. Yo no sabía si creerle eso. ¿Apoco ustedes creerían posible que un papá se coma a sus hijos? Por ejemplo, yo no creo que él se pueda comer a mi papá por mucho que esté enojado. ¡Y vaya que se enoja!

Bueno, tengo que platicarles lo que pasó ayer, cuando estábamos los tres hermanos mirando cómo mamá puerca daba de comer a sus cerditos. Estaba echada con toda su barrigota al sol y con los doce puerquitos pegados a su ubre, empujándola con sus hocicos mientras comían como enojados, repelando y cambiando entre ellos de lugar. Mis hermanos y yo peleamos, pero no tanto, y menos mientras comemos, pues para pronto nos aplaca mi papá. La puerca de vez en vez les daba de mordiscos y patadas, haciendo tantos gruñidos que ni parecía su mamá. Yo creo que los puerquitos la mordían y por eso los trataba así, para enseñarlos a comer en paz.



De repente la puerca empezó a gruñir muy agudo, con más y más fuerza, que hasta la panza se le infló como globo. Los puerquitos se le separaron de miedo y ella con un resoplido que aventó polvo para todos lados, se levantó de un golpe y le dio por tirar o morder todo lo que veía. Tumbó su casita de dormir, la bandeja con su comida y su bebedero. Aventó, pisoteó y mordió a sus marranitos como si fueran trapos, que trataban de huir de ella pero sin poder escapar. Acabó a mordidas con cada uno de ellos con una furia que seguía creciendo. Luego se lanzó contra nosotros, que observábamos lo que había quedado de los cerditos, sin movernos de miedo.

Por suerte que estaba la malla de alambre, que resistió apenas su primer empujón. Pero la puerca siguió lanzándose contra la malla y tomando tanto vuelo, que acabó por romperse de los palos. Cuando nos dimos cuenta del peligro la marrana venía ya corriendo sobre nosotros. Sin pensarlo, huimos los tres hacia el árbol de breva, pues era la protección más cercana, ya que la puerta del corral estaba lejísimos para nuestros apuros. El primero en llegar y treparse por el tronco fue mi hermano mayor, luego el mediano, y al último, por no poder correr tan rápido como ellos, yo, el más chico. Cuando estiraron sus brazos para subirme al árbol sentí que el hocico de la puerca bufaba sobre mi pantalón.



Volé jalado por las manos de mis hermanos, mientras la puerca mordisqueaba desesperada el tronco de nuestra breva, intentando subirse para acabar también con nosotros. No podíamos gritar ni hablar de terror. Sólo nos apretábamos a las ramas para no caer del árbol y acabar como los cerditos.

Yo creo que eran como las cuatro de la tarde cuando sucedió eso, pues se acababa de ir a trabajar mi papá. Ahí estuvimos los tres tiritando, sin que nadie se diera cuenta de lo que pasaba, pues las bardas tan altas del corral no dejaban oír ruidos para afuera. Como hasta una hora después, mi mamá apareció por la puerta del corral, extrañada porque no sabía nada de nosotros. Las mamás dicen que cuando sus hijos no hacen ruido es que alguna travesura andan haciendo y es cuando salen a buscarlos.

Desde el otro rincón alcanzamos a gritarle pidiéndole ayuda. Ella tomó la escoba para defendernos y dio unos pasos hacia nuestro árbol. La puerca la vió y se lanzó a la carrera contra ella como con ganas de devorarla. Todos volvimos a gritarle a mamá, esta vez con más fuerza: ¡córrele mamá, salte rápido! Apenas alcanzó a salir del corral, porque en cuanto cerró la puerta tras ella, la puerca la golpeó como si fuera un toro.



Suspiramos contentos de que se había salvado mi mamá, aunque luego nos volvimos a dar cuenta de que seguíamos atrapados. Así pasó como otra hora o más, hasta que por fin llegó mi papá. Lo vimos aparecer con su bat de béisbol entre las dos manos, como si fuera su turno a batear, pero caminando muy firme hacia nosotros y gritándonos con su vocerón: ¡no se apuren mis hijitos!, ¡ahorita los saco de aquí!

Él es muy alto y fuerte, por eso pensé: ahora sí se le va a quitar lo loco a la puerca con un batazo al jardín derecho. Y que sale disparada la puerca derechito contra mi papá, y que lo vemos desaparecer corrientito por la misma puerta que entró. Entonces sí que nos preocupamos mucho, porque si ni mi papá que es muy fuerte podía salvarnos, ¿quién podría?

Desde el tronco en que estábamos oímos sus gritos tras la puerta: ¡no se apuren mis hijitos!, ¡ahorita los sacamos de allí! La verdad es que necesitábamos que alguien nos consolara, porque se hacía de noche y ahora menos nos imaginábamos cómo podrían salvarnos.

Creo que se dieron cuenta que estábamos a punto de llorar, porque pronto se oyó ruido por la barda que da a la casa y apareció otra vez mi papá trepado en una escalera, desde donde volvió a animarnos. Esa vez nos dijo que tuviéramos calma, que no nos asustáramos porque iban a matar a la puerca, que sólo así podrían sacarnos del corral.



¿Pero cómo la iban a matar si nadie se atrevía siquiera a pegarle? Ni modo que a pedradas desde lo alto de la barda y a oscuras.

En eso que entra al corral mi abuelito el General, con su viejo rifle calibre 22. Caminó rápido hacia la puerca empujando como siempre hacia delante su cabeza, como marchando. El es famoso por atinarle hasta a las liebres cuando van corriendo, pero creo que eso no es lo mismo que tirarle a una puerca gigante corriendo hacia uno, porque mi abuelito sólo alcanzó a hacer un disparo sin atinarle a la puerca cuando ya estaba corriendo de retache para la puerta del corral. ¡Patás pa' que las quiero!, dice él mismo cuando cuenta de alguien que huye de un peligro. Esa es la primera vez que veo correr a mi abuelito, aunque él que dice ser muy valiente. Mi papá, al ver que la puerca se lanzaba contra mi abuelito, le gritó desde la barda: ¡Cuidado! ¡Mejor regrésate!

¡Matadura!, nos dice mi abuelito burlándose de nosotros, cuando nos equivocamos en algo o no le atinamos al blanco con el rifle de municiones en la feria. Sin darme cuenta, en voz baja le dije ¡Matadura!, cuando él falló el tiro a la puerca y nos dejó ahí solitos en el corral con ella. No sé como me atreví a decirlo, aunque fuera en voz muy bajita. ¿Y si se entera?



Yo ya quería regresar a la casa, pero ninguno de los que nos cuidan podía hacer algo para protegernos de la puerca. Era de noche, teníamos entumidos nuestros brazos de tan fuerte que nos apretábamos a la breva. Entonces, una luz larga salió de la cabeza de mi papá, era la lámpara que usa mi abuelito cuando va de cacería. Luego otra con luz como de coche, iluminó hacia nosotros. Era la lámpara de nuestro vecino, el señor Lozano. Las habían traído para ver bien a la puerca y dispararle desde arriba, pues ya nadie se atrevía a entrar al corral, menos de noche.

Tomó mi papá el rifle y le disparó a la puerca una, dos, tres, cuatro...muchas veces. Los disparos retumbaban por las bardas, haciendo eco como si estuviéramos en una iglesia y tronaran relámpagos en sus torres. ¡Haste a un lado matadura!, le dijo mi abuelito a mi papá, viendo que no le hacía nada a la puerca. Ahí aprendí que también los papás fallan el tiro. Mi abuelito le quitó el rifle a mi papá y le disparó a la puerca una, dos, tres, cuatro...muchas y más veces que mi papá. Ahí aprendí que hasta los abuelitos se equivocan y fallan, hasta el mío. ¡Matadura!, pensé esta vez, pero deseando que sí la matara.



Dicen que casi se gastaron una caja de tiros, cerca de sesenta. Pero a la puerca no le salía sangre ni la herían porque las balas se le metían entre las capotas de grasa que tiene bajo la piel. Eso lo digo porque luego vi por el hoyito de la cerradura de la cocina que la destazaban y entre los pedazos de grasa estaban las balas, nuevecitas.

Cuando me bajaron mis papás del árbol, los abracé más fuerte que a la breva, como con ganas de no soltarlos nunca, aunque sentía todo el cuerpo encogido. Bueno, también bajaron a mis hermanos. Creo que mis papás estaban apenados porque no nos pudieron salvar antes. Fuimos también a abrazar a mi abuelito, que no se cansaba de decirle palabrotas a la puerca, jalándose los bigotes. No nos vio a los ojos, aunque nos acarició la cabeza.

Hoy no paramos de regalar carne a todos los vecinos y la casa sigue oliendo a chicharrón. El corral amaneció limpiecito. Ahora quiero ir a abrazar suavemente a la breva y decirle: ¡gracias por salvarnos la vida!

FIN



Otros cuentos del autor están en el blog:

miguelangelizquierdosanchez.wordpress.com

Agradeceré sus comentarios en el correo:

maizquierdo0@gmail.com

Jiutepec, Morelos, México, 2023.

¡ilumíname!



Guayacanes
Ediciones